

Una visión unificada del mundo y de las personas



Una visión unificada del mundo y de las personas

Dios creó a los seres humanos como la corona de la creación y les dio la vida (Génesis 1-2). En el Jardín del Edén, tenían todo lo que necesitaban para vivir y una relación directa con el Creador. Dios los creó uniformemente a su imagen: con cuerpo, mente, emociones, voluntad de compañerismo, responsabilidad y creatividad. Cada ser humano es una entidad compleja, en la que las partes están entrelazadas y no pueden separarse rígidamente unas de otras (como la física, la espiritual o la mental). Los elementos están estrechamente interrelacionados.

La Caída cambió fundamentalmente este orden original de la creación. El hombre perdió su relación directa con Dios y, en consecuencia, entró en la muerte física y espiritual. También se rompió la unidad de las relaciones interpersonales y comenzó una lucha por la supervivencia en la naturaleza. El hombre cambió esencialmente, pero no perdió por completo su humanidad. Desde entonces, todos los hombres nacen separados de Dios bajo el poder del pecado. Como criaturas, no tenemos forma de sacudirnos esa condición por nuestros propios esfuerzos.

Dios, sin embargo, se caracteriza por el amor, la misericordia y la gracia. Él toma la iniciativa y busca una relación con su creación. Se ha declarado a sí mismo y ha entrado en alianza con ellos. Muchos relatos bíblicos, empezando por Abraham.

Jesús vino a la tierra para presentarnos a su padre y murió para salvarnos. Así abrió el camino a Dios (Jn14,6) y hace posible la comunión directa con Dios. Es elección personal de cada uno responder a este don y cultivar su relación con

Dios. Quien se convierte en hijo de Dios recibe una nueva identidad (2 Cor 5,17) y es transformado por el Espíritu Santo a imagen de Cristo. Comienza entonces un proceso de transformación que dura toda la vida y que se manifestará exteriormente a través de los frutos del Espíritu (Gal 5,22), pero que no es automático ni pasivo, sino una interacción entre Dios y el hombre. Dios ha dado a cada persona la responsabilidad de su propia vida (1Cor 3,9-13) y un día le pedirá cuentas (Ap 20,12).

Nuestra tarea como creyentes es apoyarnos y acompañarnos mutuamente y proclamar el Evangelio. Por eso nos reunimos en la Iglesia local, que es parte integrante de la Iglesia de Dios mundial. Ser cristiano significa comunidad, solidaridad y proyección. Toda actividad comunitaria consiste en alabar a Dios, enseñar, edificarse mutuamente, vivir la comunión, etc., tal como se describe en Col 3:16.